



CASTILLO DE ANGERS.

Esta fortaleza, que se halla situada en el departamento de Maine el Loire, que se empezó à edificar en el reinado de Felipe Augusto y se concluyó en el de Luis IX, se eleva sobre unos 52 metros sobre la Mayenne. Está rodeado de ocho grandes torres de piedra pizarrosa, que le dan un aspecto triste é imponente, y de un foso cortado en la roca, de 29 metros 23 centímetros de ancho, sobre 10 metros 71 centímetros de profundidad. En la actualidad está destinada á prisión y á depósito de pólvora.

GARCÍA DEL CASTAÑAR.

I.

Después de los graves conflictos que acaeció al país la minoría de Fernando el Emplazado, vertiéndose por esta causa copiosos raudales de sangre, veremos al recorrer los fastos históricos de aquellas épocas asaz turbulentas, que se renovaron en España por la centésima vez tan repugnantes escenas, siendo distintos los actores, pero iguales y uniformes los acontecimientos durante la menor edad de Alfonso el XI.

Al enumerando una serie consecutiva de agresiones monstruosas y de encuentros tan violentos como repetidos que traían en pos de sí la desolación y las vejaciones más notables, fuera una torpeza, puesto que los estrechos límites de este artículo no permiten analizar los derechos que adocian cada uno de los cuatro partidos que por entonces se disputaban con fereza la suspirada regencia del reino.

Pudiendo por esta razón solamente mencionar con la mayor concisión posible los hechos principales que tuvieron lugar durante aquella década, insinuaremos que sus tíos D. Pedro y D. Juan repartieron entre sí las atenciones del gobierno, ora fuese porque disponían de más fuerzas con que imponer la ley al país, ó también porque los pueblos, cansados de tantas reyertas les proporcionasen materiales de todos géneros, hombres y dinero con que vencer.

Pero esta suspensión de hostilidades duró muy poco, y presto la guerra civil, sofocada por algun tiempo, vino à hacer resplandecer con sus fatídicos fulgores la tea de la discordia al morir estos dos gobernadores; entonces fué cuando se suscitó de nuevo la cuestión que parecía estar ya olvidada, y las armas protegieron la causa de la Reina Doña María, abuela del rey; restándonos añadir que tres años después de estos sucesos la defunción de Doña María fué motivo suficiente para que este azote de la humanidad, revestido de los atributos más violentos, ejerciera su terrible influjo, y este país, bastante

vejado ya, horrorase con lágrimas de sangre las consecuencias de tanta calamidad como pesaba sobre él.

Mas era llegado el momento ansiado de todos, en el que Alfonso el XI cumplía quince años.

Proclamado rey y declarada su mayoría à la faz del pueblo, Alfonso el XI, revestido de un carácter severo que le cuadraba bien, dió á conocer un corazón resuelto y su indescribible energía, tomó sobre sí la grave responsabilidad que trae consigo el mando, dando pruebas inequívocas de sus profundos conocimientos, poniendo à raya las desmesuradas pretensiones de obstinados rebeldes que aun combatían su regio poder.

Hecha esta breve nomenclatura de los males que acaeció à España la minoría de Alfonso el XI, penetraremos ahora en uno de los vastos salones que tenía el alcázar suntuoso de la imperial Toledo.

II.

Los pálidos fulgores que despedía un amortiguado sol, perfilaban los contornos de dos personajes que con los brazos cruzados sobre el pecho y la sumisión retratada en sus expresivos rostros se mantenían à una respetuosa distancia, copiando con afectuosa solicitud hasta los más insignificantes movimientos de otro que con la cabeza erguida y la frente radiosa y serena leía con estremada avidéz un pergamino, resbalándose por sus breves labios una simpática sonrisa.

Mientras que este permanece haciéndose cargo silenciosamente de aquel escrito, nosotros recorreremos con la vista su estancia: dobles cortinajes de gasa y terciopelo carmesí recamado de oro, obstrulan las ventanas, al través de las cuales se divisaba un laberinto de jardines, cuyos perfumes llegaban hasta allí; las paredes estaban revestidas de raso color azul, con festones y cornisas doradas; magníficas lámparas de caprichosas formas y de trasparente cristal pendían de un techo pintado al fresco y que había enriquecido el píxel con bellas alegorías; bustos primorosamente vaciados que representaban otros tantos reyes de la raza goda, en los que el escultor había trabajado con incansable solicitud para darles su aspecto fiero, logrando por fin que su envidiable cincel imitara perfectamente su ropaje y postura, su penetrante mirada y hasta su expresión; púlicos profusamente dorados con ricos florones y no escasos jergolifecos; sillones engastados en nácar y marfil; reflejantes alfombras de costoso valor sobrecargadas de vistosos paisajes, y por último grandes jarrones de china repletos de odoríferas flores, formaban el complemento de los muebles que engalanaban aquella vivienda real.

VI.

Corría á todo esto hacía su fin el año de 1540... año que cubrió de gloria á las armas castellanas capitaneadas por Alfonso el XI... año repetidos que formó época en los fastos españoles.

Presentaremos pues á la vista del lector el cuadro sorprendente y admirable que ofrecía aquella inmensa línea de batalla formada por unos 50,000 infantes, entre los cuales serpenteaban 13,000 caballos, con sus clarines y estandartes estos, con sus banderas é instrumentos bélicos aquellos.

El ejército musulmán se presentó apilado y por distribuido, en una palabra, sin orden ni concierto, juntamente que su mal organizada caballería torpemente dispuesta para el combate.

Sin embargo, un entusiasmo sin límites se reverberaba en sus frentes y celrios semblantes, no siendo menor el de los españoles, los cuales combatían por la más santa de las causas, por Dios y su rey.

Corría separando los dos campos el pequeño río del Salado: los cristianos fueron los primeros que le vadearon, arrojándose á él con tanto furor y tanto encono, que el enemigo se mostró reacio á la voz de sus jefes; cobardemente ante el peligro: poco después el ataque, al principio gradual, se hizo general, y los sarracenos fueron perdiendo terreno.

En este momento de perplejidad, de duda, de desconfianza, en una palabra de cobardía, el rey de Castilla, destacándose con un cuerpo de escogidas tropas, entre las que iba el escuadrón que comandaba García del Castañar, después de practicar un insignificante rodeo, cayó de improviso sobre el ala derecha del ejército enemigo, al mismo tiempo que su retaguardia era atacada por las tropas apostadas en Tarife.

Entonces fué cuando el árabe esterminador principió á ejercer su terrible ministerio en medio de aquella apilada muchedumbre; que moría ignominiosamente ante el poder de las armas combinadas.

[Dichosos aquellos siglos en que los reyes también esgrimían su espada al frente de sus ejércitos, y esponían su vida como el último de los soldados!...]

La victoria del Salado se comunicó por toda la Península cual si fuera una chispa eléctrica, sucumbieron las plazas más codiciadas de los agarenos, tales como Teba, Alcalá la Real y Algeciras.

Si bien es cierto que esta batalla, según el común sentir de todos los historiadores, costó muy poca sangre, sin embargo, entre la poca que se vertió se contaba la de García del Castañar.

Hermosa lección para esos hombres sin honor ni corazón, que únicamente ambicionan atesorar enormes sumas, montones de oro; pero que jamás prestan un servicio á la patria!

Prostrámonos pues y saludádele con respeto; así lo hizo Alfonso XI, el cual deramó una lágrima al pié de su feretro, mientras que la esposa de García del Castañar, renunciando sus derechos al corazón de Alfonso, rey cuando y victorioso, purificaba su alma en el crisol de la religión penetrando en una clausura.

JOAQUÍN DALMAU.

EL CASTILLO DE MONTRICHARD, ó HISTORIA DE GUILLERY.

1606.

(Conclusion.)

EL SITIO.

No se oye más estrépito que el del cañón.
¡SILENCIO!

Al concebir y ejecutar con tanto atrevimiento el rapto de Jaquelina, solo había obedecido el terrible Guillery á los instintos de su odio al respetable preboste de los Prebostes. Su objeto único era sacar una suma razonable al rico padrino de la joven por lo demás, á quel hombre, que se estremecía con una especie de placer diabólico en presencia de los humanos padecimientos, ostentaba admirables rasgos de grandeza y de generosidad, que semejantes á unos resplandores fugitivos, alumbraban la sombría noche de su alma.

En cuanto á Jaquelina, la habían vendado los ojos al conducirla á la fortaleza, y la instalaron en una pieza sin comunicacion exterior, entregándola al cuidado de una vieja, á la que ella quiso, aunque en vano, corromper. La respetable matrona era sorda, y se negó á entender lo que Jaquelina la decía por señas.

Por este relato se ocha de ver que Guillery conocía perfectamente el oficio de carcelero y el de raptor. En efecto, después que se desva-

niaron los primeros paroxismos del dolor, viendo Jaquelina que sería inútil cuanto intentase para huir, acabó por conformarse con su suerte, y viéndolo su desgraciada aventura con las gracias de una novela heroica, se imaginó al fin la heroína de interesantes y misteriosos acontecimientos. Aceptó pues su rapto como la realización de un sueño dorado, pues aunque el dolor de verse separada de sus parientes y de su novio había en un principio embargado sus facultades, el último tenía sobre sí dos grandes culpas: primera, la de estar ausente; segunda, la de no haberla libertado del poder de su raptor. A todo esto añadía ella otros argumentos incontestables. El digno sargento era rubio y tenía ojos azules; blando de condicion, pero desesperadamente fastidioso. El bandido por el contrario; ojos negros y brillantes; una cabellera como el ébano, dientes blancos, pequeños y acerados, bigote retorcido, y sobre todo una sonrisa encantadora é irresistible.

Todas las mañanas esperaba Jaquelina que su tirano invadiese el aposento en que yacía cautiva, y tenía dispuesto en consecuencia su plan de operaciones: desde el género patético hasta el sarcástico, desde las lágrimas hasta el desprecio, todo lo había ensayado para hacer que ante su hermosura doblase la rodilla su olvido perseguidor. ¡Vana esperanza! El perseguidor no parecía, y su conducta iba á entender que se había olvidado de tan bellísima prisionera.

Cierta día descubrió en un ángulo de la estancia que la servía de cárcel una escalera estrecha, aventuroso por ella, y vió que conducía á una torrecilla del castillo que daba al campo. ¡Cuál fué su asombro al ver inmediato á la puerta principal de la fortaleza á un caballero cuyas facciones le revelaron la fisonomía de Raoul! Era este en efecto, y solo aguardaba que le llevasen un caballo para alejarse de Montrichard. No tardó en hacerlo, pues apareció á pocos instantes fuera del recinto un soberbio corcel, montó al punto el animoso jóven, á pesar de tener los ojos vendados, y seguido de varios hombres armados desapareció entre la selva. Raoul recobró su libertad, y Jaquelina, libre de remordimientos, ni aun podía entregarse á la esperanza.

En tanto que tenían lugar estos acontecimientos en la Turená, el rey recibía corte en el Louvre y atendía también á las necesidades interiores y exteriores del territorio. La aventura de Raoul había hecho ruido, y su nacimiento y posición en el país habían llamado la atención hacia las correrías y robos de la partida de Guillery. El prebostazgo se conmovió y dirigió una queja formal al parlamento.

Raoul permanecía retirado en su castillo de Mareuil, pensando tristemente en la suerte de Jaquelina y del pobre sargento, cuyo paradero ignoraba, cuando le anunciaron la llegada de un mensajero del señor de Parabelle, gobernador de Niort. Hizosele entrar; él por su parte saludó respetuosamente al jóven conde y le entregó un pliego. Recordó Raoul, y mandando que le llevasen un caballo partió al galope. El gobernador le llamaba para asuntos concernientes al servicio del rey.

No bien llegó nuestro jóven á Tours, cuando se presentó en la casa municipal Parabelle, que desecha con ansia aquella entrevista, elogió mucho su conducta durante la cautividad que había sufrido, y lo condujo á una sala particular, pues en la principal estaban los prebostes y los comandantes militares, cuyos cuerpos y destacamentos iban atravesando la plaza. El gobernador cerró la puerta y preguntó al conde qué era lo que le había sucedido con Guillery, y en dónde estaba situada la madriguera de este bandido. En vano se atrincheró Raoul en su juramento; en vano invocó la fé de caballero para que no se le obligase á hablar de aquel asunto; el gobernador estuvo inflexible; habló de los deberes que todo noble tiene que cumplir con su soberano; apeló por último á la religión, y le levantó el juramento que habla prestado. El pobre jóven se vió en la precision de declarar todo lo que sabía, y contra su gusto le dieron el mando de las tropas que componían la vanguardia. Conmovido por la gratitud que le manifestaban sus compatriotas, olvidó por un instante sus concienzudas preocupaciones, y solo pensó en cumplir con sus obligaciones de soldado. Comunicáronse al punto órdenes terminantes, moviéronse los diferentes destacamentos; y una division de cuatro mil quinientos hombres, con el gobernador de Niort y diez y ocho prebostes al frente, se puso en marcha sin perder momento, con la artillería de sitio correspondiente.

Dos días después, el hermoso valle que ya conocen nuestros lectores, y teatro del combate que fué tan fatal para el sargento, había cambiado completamente de aspecto. En el fondo se elevaba amenazadora y coronada por los vapores de la mañana la fortaleza de los bandidos, con sus torres acanaladas, sus bastiones, su puente levadizo y su bandera negra ondeando al viento en señal de muerte. Al observar la profunda calma que la envolvía, cualquiera hubiera creído que sus tranquilos moradores nada tenían que temer de las tropas que á la sazón atravesaban la llanura.

Á la izquierda del bosque se veían las banderolas de las tiendas de la division sitiadora: las barreras que las cercaban se animaron y guarnecieron pocos momentos después. Los gritos de los centinelas y las carreras de los ordenanzas, que atravesaban el espacio compren-

dido entre los cuerpos, comunicaban a aquella escena un aspecto particular y variado, imposible de describir.

Un hombre de edad madura, cubierto de brillantes armas y apoyado en un caballero joven, de pálido y melancólico semblante, safo de la tienda principal del campamento. Dirigieronse ambos hacia un grupo apostado sobre una eminencia, y cuyos rápidos movimientos contrastaban con la tranquilidad que dominaba en tan impetuosa escena.

El personaje de mas edad dió á su compañero un golpecito en el hombro, y le dijo:

—¡Ira de Dios, señor Raoul! Esta magnífica mañana me rejuvenece, pareciéndome de buen agüero para el glorioso día que empieza. Esto me recuerda mis antiguas campañas.

—Lo creo, lo creo; con semejantes escenas se espala el ánimo y se alegra el corazón del guerrero: pero en otro tiempo combatías contra el estronjero, al paso que hoy...

—Hoy combatimos contra los enemigos del país y del rey ¡Por el infierno! A no ser por vuestra conducta anterior, casi me hariais dudar de vuestra fidelidad al rey.

—Señor de Parabelle, repuso el conde Raoul con voz de trueno, agradececi á vuestros blancos caballos...

—¡Hola, gallito mio! ¿Con qué cruzarais vuestro montante con el del viejo Parabelle? Vamos, vamos, si he hablado á lo joven sin juicio, ólad vos como hombre experimentado, y examínad conmigo lo que harán hoy vuestros falcones. Ea, venga esa mano y hablemos solo para dejar bien puesto el honor de la bandera. ¿Qué es eso, bribones? añadió dirigiéndose al grupo de que hemos hablado. ¿Con que Juana está todavía muda como un trapense? Despertadme pronto ese nido de buitres, para que los oigamos graznar.

No bien habló el jefe, los artilleros cumplieron con su deber, y una terrible detonación justificó á las culabrinas dispuestas en batería de la acusación que acababa de hacerseles.

Una ligera nube de humo ocultó al punto el aspecto de la fortaleza.

—¡Viva! exclamó el anciano guerrero entusiasmado por aquel estrépito tan grato á su oído. Duplicad la dosis y que acendan á sus cañones.

Un silencio profundo sucedió á la segunda descarga. Parecía que el castillo estaba abandonado, ó que algunos defensores invisibles se hablan encargado de su custodia. Ni un solo hombre armado se veía en las torres: todo permanecía mudo, triste y deserto.

Los soldados, llenos de inquietud y de asombro, empezaban á mirarse unos á otros, dudando si continuarían haciendo fuego contra un enemigo impalpable.

Observando el viejo Parabelle estos síntomas de debilidad, y haciéndose cargo del espíritu supersticioso del soldado, no quiso que ganasen terreno aquellas ideas peligrosas, y gritó con atento placer:

—Los tunantes están como putas, y moucan como monjes. Ea, otra rajada, para que se les espabilen los sentidos.

Grandes carcajadas contestaron á las palabras del jefe, y los soldados cobraron ánimo: un instante después resonó otra descarga mas terrible que las anteriores.

Tiempo perdido: el silencio mas profundo volvió á reinar en el valle.

Entonces ya se manifestaron entre los artilleros señales de una emoción evidente. Unos se santiguaban, otros sostenían que veían balancearse en las ennegrecidas almenas del fuerte á una falanga con chispeantes ojos, con piés disformes y retorcidos, que huían después volando y arrojando grandes carcajadas.

—¡Já Já Já! exclamó el gobernador; vereis, Raoul, que nos la han pegado y que el nido está solitario.

Diciendo así, se apoyó en él, y los dos solos, en presencia de los soldados atónitos de tanta audacia, se adelantaron hacia el castillo.

—Nada, nada, esa es silencio, murmuró Raoul; sospecho alguna maldita emboscada.

—¿Teneis miedo, caballero? le preguntó el anciano guerrero con ironía.

—¡Miedo! repitió Raoul: he ahí una palabra, señor gobernador, que puede costaros mucho.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando cogió á Parabelle por el brazo y le obligó á adelantarse mucho mas hácia el castillo.

—¡Eh! ¡Eh! le gritaba el viejo. ¿Qué prisa teneis! ¿Queréis que me rompa los huesos? Dejad al menos que respire.

—Nada, nada, repuso Raoul: me habeis preguntado si tenia miedo, y quiero ver si os poneis tan cerca de ellos como yo.

—De ningún modo, si camináis tan de prisa; os hago justicia, compadre...

La eflorescencia del viejo se vió de pronto interrumpida, pues acababan de llegar á una altura enteramente descubierta; y hiciéronles desde la fortaleza un fuego terrible, y las balas silbaron á los oídos de los dos aventureros.

Sorprendido Parabelle, hizo un gesto y quiso detener á Raoul; pero este, con la admirable sangre fría que le caracterizaba, le hizo andar unos cien pasos mas, y así se encontraron después de aquella espues-tísima marcha, al abrigo del fuego, por la escabrosidad del terreno.

—Me rindo, me rindo, dijo el gobernador respirando; sois un valiente, lo confieso, y me declaro vuestro fiel servidor.

—Vuestra aprobación me honra en extremo, contestó el joven, y ahora me parece que es tiempo de obrar.

Dicho esto se quitó la faja y la hizo ondear sobre su cabeza para llamar la atención de los soldados.

Estos, que hablan admirado la carrera de sus jefes, al conocer que tenían por contrarios á hombres de carne y hueso, adelantaron poco á poco su artillería; al mismo tiempo salió del campamento la infantería y se ampuñó la acción por ambas partes con encarnizamiento.

El cañonazo duraba ya algunas horas sin resultados; el fuego del fuerte causaba estragos en sus enemigos, y estos empezaban á murmurar y á pedir á gritos el asalto, cuando una hala de la batería que antes nos ha ocupado se introdujo en una de las torres colocadas en el ángulo derecho de las fortificaciones. Al punto se dejó oír una terrible explosión y tembló la tierra bajo los piés de los sitiadores. Entonces se vió un espectáculo deplorable. Dispersos por la explosión los infelices defensores del castillo, fueron arrojados á grandes distancias hechos pedazos: armas, maderos y fragmentos de piedras caían sobre las líneas avanzadas de los sitiadores, como una lluvia de fuego. Del seno de aquel cráter humeante salió de pronto con la visera bajá un caballero cubierto de armas oscuras y seguido de numerosa tropa, que se precipitó sobre la infantería y la hizo recular. Conociendo que el castillo se desplomaba, los sitiados hacían una salida, y semejante á un jabalí acosado por furiosos braillos, el jefe de los bandidos señalaba con su acero en aquella masa viviente un ancho y sangriento surco.

Ya iba tal vez á conseguir su deseo, cuando por ambos lados del bosque desembocaron las tropas de las municipalidades. Los del castillo se vieron pues cercados por todas partes y no pudieron hacer más que rendir caras sus vidas. El jefe de las tropas municipales, que llegó de los últimos al teatro del combate, acababa de encontrar al de los sitiados. El choque fué terrible.

—¡A tí, bandido, el vengador de Jaquelina.

Y descargando un golpe furioso sobre el casco del jefe, lo hizo añicos.

Se vió entonces que la cabeza de Guillery ofrecia la viva imagen de Salanda aterrado. La palidez de la muerte cubria su rostro; sus cabellos negros flotaban en desorden sobre su amenazadora frente; sus ojos despedían llamas, y en sus desencorajadas facciones se pintaban el furor, la desesperación y la venganza. Estaba sublime; pero bien fuere por cansancio ó por influencia supersticiosa, al ver levantada en alto la espada del hombre á quien creyó muerto por su brazo en el bosque, no fué ya dueño de su antigua bravura. Partesana (pues suponemos que el lector ha reconocido ya al sargento), iba á traspasar con su espada el pecho del bandido, cuando otro acero se cruzó con el suyo y libró á Guillery de la muerte.

—Nada nos debemos, le gritó entonces una voz conocida: huye á vas á perecer.

—No; quiero morir aquí, respondió el jefe.

—¡Atrás, soldados! este hombre me pertenece.

—¡Pertenece á Dios y al rey, repuso el gobernador echando mano á Guillery: suelta la espada.

—Eso nó, gritó el último. Y empujando el acero con fuerza lo arrojó al bosque.

—Ahora, caballeros, haced de mí lo que gustéis.

Y sin tratar de resistirse, se dejó prender y atar con tanta resignación, que los soldados la atribuyeron á astucia.

Los hombres de su partida imitaron la resignación de su jefe: ochenta fueron hechos prisioneros y amarrados á los árboles: una hora después hablan dejado todos de existir.

Partesana corrió al castillo acompañado de Juan y de Ives, y tuvo el consuelo de estrechar á Jaquelina en sus brazos.

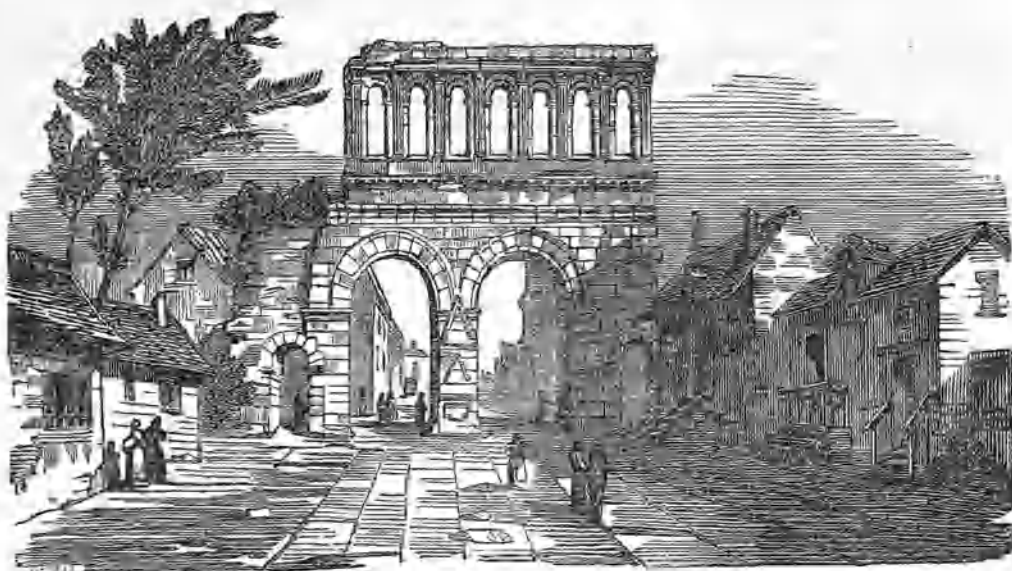
En cuanto á Guillery, casi nos parece inútil añadir que pereció en el cadalso.

La justicia de los hombres quedó satisfecha, y el cuerpo mutilado del jefe de los bandidos solo ofreció á sus más implacables enemigos un espectáculo de horror y de piedad.

FIN.

PUERTA DE ARROUX.

Entre los diversos vestigios de antigüedad que se encuentran todavía en la ciudad de Aulun, en Francia, es uno de los mas notables la puerta llamada de Arroux, cuyo nombre ha tomado de un río que corre



(Puerta de Arroux.)

á su inmediación. Según todas las señales de su construcción, debe pertenecer á la época romana; pero como no se encuentra en ella inscripción alguna, ni tampoco ha sido fácil hallar documento de ningún género que haga mención de ella, no podemos fijar la fecha de su creación. Se halla todavía muy bien conservada, y está construída á la manera de arco triunfal, con una altura de 17 metros por 19 de ancho; tiene cuatro entradas, dos para los carruajes y dos para los peones, y en su parte superior se eleva una galería abierta, que tuvo diez arcos, pero que en el día no conserva mas que siete. Lo que más llama la atención en este monumento es la nobleza y la elegancia de las proporciones.

LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

(Concluyen.)

La Paz y la Riqueza tomaron la corona, y colocándola sobre las sienes de Orfelina, dieron á conocer la superioridad de aquella, que era en verdad la que en sus corazones infundía el pensamiento que las animaba, el fuego sagrado que agitaba su corazón.

De repente una nueva influencia de la vara mágica hizo desaparecer aquellos encantos, en que Alibar, invisible siempre, tomaba una parte con su admiración y alegría; y el palacio volvió á fundarse; y volvieron á ser los ricos salones, los costosos muebles, la ostentación suntuosa de la vivienda habitual de la Paz y la Riqueza, que como la Caridad, estaban también personificadas en dos bellas princesas, hijas únicas de un padre, señor de numerosos vasallos, y herederas de un imperio, cuya dicha estaban llamadas á establecer en el porvenir.

Todavía con la rapidez del pensamiento recorrieron Orfelina y Alibar el resto de las diferentes regiones del globo; allí descubrieron la inocencia empañada por la calumnia; allí legitimaban las justas esperanzas de la virtud; allí perseguían al vicio, que la Caridad lograba estripar al tacto de su varilla suprema. Alibar recogía las pruebas de estos diferentes hechos; y á sus espaldas conducía un tesoro en monedas de todo el globo y muestras de hienzos, producto é industrias de la haz de la tierra que había recorrido.

El alba apuntaba apenas, cuando Orfelina, tocando con su vara mágica las puertas de su palacio y dejándolas francas, entraba seguida de Alibar, que iba lleno de cansancio.

La infanta, al entrar en su aposento, dejó á su acompañante en la antecámara, diciéndole:

—Quédate ahí y descansa.

Hablando de ese modo penetró en su mas íntima estancia, y cerró en pos.

X.

Las ocho de la mañana serían, cuando con gran estrépito subieron los magnates y los palaciegos al cuarto de Orfelina: una algazara impropia de aquel lugar, daba á conocer la persuasión en que todos se hallaban de que el desdichado Alibar, tan desgraciado como sus predecesores, iba á entregar en un patibulo una vida que había cometido la locura de jugar á los azares de una curiosidad terrible.

—Eh!... eh!... mozo!... A ver si despiertas!... exclamaron todos en tropel, al verle tendido sobre un sofá entregado á Morfeo.

—Si no le oyéramos roncarse tanto, añadió uno de los de la compañía, diría que estaba muerto.

Efectivamente, parece que no da señales de vida; y es que todos le hemos sacudido en toda regla... ¿Qué haremos para despertar á este hombre?

—Puesto que no vuelve en sí por bien, obliguémosle por mal.

—¿Cómo por mal?

—Pinchándolo con cualquier cosa.

—Pinchándolo... ¿qué crueldad!

—Para lo que ha de vivir en este mundo, ¿qué importa que le anticipemos el martirio?

El que hablaba así era el alcalde de palacio, á quien se le achacaba muchas veces la culpa de las escursiones que se presumía no podía menos de hacer la infanta para gustar noche por noche un par de zapatos: este se hallaba muy interesado en que todas las pesquisas que se hiciesen para averiguar la verdad, fuesen en balde, propalando á viva fuerza que la salida de la infanta se verificaba siempre por la chimenea.

Tomó efectivamente un alfiler gordo, y dió á Alibar tan terrible pinchazo en el pecho, que comenzó á destilar sangre de la herida.

Alibar se puso en pié lleno de colera, y estuvo á punto de lanzarse sobre el que así le trataba; mas acordose de las obras que había visto practicar á la Caridad en la noche anterior, y dirigiendo una mirada dulce al conserje, le dijo:

—¿Qué me queréis?

—S. M., contestó el empleado, quiere que deis cuenta al punto de lo que habeis hecho: dispuesta está para vos, ó la horca, ó el tálamo nupcial: feliz ó infeliz, debéis de serlo definitivamente dentro de una hora.

—No vayais tan ligero, señor, contestó el joven: he trabajado demasiado esta noche para que me hallo dispuesto á complaceros con esa precipitación: no tengo fuerzas ni para hablar, cuanto menos para esponer la historia de una noche como la pasada, así de repente. Por otra parte, espero el honor de que presencie el celo la misma princesa; sin ella nada podría decir; ved pues si se encuentra en disposición de oiros, y avisadme.

El conserje, que habia llevado la voz por pura osadía en presencia de los magnates enviados para el efecto, miró á estos, pues no se atrevió á resolver lo que ignoraba si sería asequible: no hubiéndose dado por sí esta tregua al pobre mozo, y habiéndolo obligado á producirse en el acto. Aquellos señores determinaron que fuese uno á esponer al rey lo que pasaba, para que S. M. mismo resolviese.

El mensajero, que no tardó en volver, manifestó el asentimiento del rey á las justas pretensiones del joven.

—S. M., dico, comprende demasiado que lo que se pide es una tregua; y la otorga en favor del que tan próximo de la muerte tiene valor para entregarse al sueño con tanta fé. Mas que tan pronto como la princesa se despierte bajen todos al estrado en donde se halla reunida la corte para juzgar.

XI.

La una de la mañana sería cuando la princesa, ataviada con lujo, y Alibar, dispuesto de día de fiesta, bajaron al gran tribunal. Era este un anchuroso balcón, que se comunicaba por medio de una escalera, con la plaza de las ejecuciones.

Sentado el rey en su trono, teniendo á su derecha algunas gradas mas abajo, á la heredera de la corona, mas radiante y bella que nunca, dió orden de abrir el juicio á los jueces que al pie y en frente de una gran mesa cubierta de un tapiz morado, habían tomado lugar; el joven se hallaba á guisa de reo y defensor de su propia causa, sentado en un banquillo algo distante, teniendo enfrente de sí otra mesa que él mismo había hecho preparar.

Por último, fuera del pretil, en la ancha plaza que se extendía, y que cubierta de espectadores prestaba una vision imponente y temerosa, elevábase descarnada una alta horca, servida por los verdugos, vestidos con sus trajes encarnados, dispuestos á lanzarse sobre su presa como los cuervos en los campos de batalla.

El estruendo del populacho, que pedía á gritos el juicio, que debía, segun pensaba, producirle la fiesta del sacrificio de Alibar, no dejaba ni palabra en aquella especie de consistorio público; así que, mandó el rey que haciendo señal de atención al público, se le impusiese silencio bajo las mas graves penas.

Hízose así, y el juicio empezó.

—Decid, decid, exclamó el que hacía de presidente, encaminando su voz al considerado reo: ¿sabéis cuál es el compromiso en que os habeis lanzado?

—Sí, lo sé, contestó Alibar con voz segura.

—Os habeis comprometido, prosiguió el juez, á descubrir el arcano que confunde al reino, acerca de la causa que motiva á la infanta el gasto de un par de zapatos por noche.

—Sí, sí.

—Mas se os impuso un galardón si lo descubriais, ó un castigo si como un impostor ó un temerario habiais puesto mano sin fruto á ese terrible secreto.

—Sí, sí, siéntese en el acto el premio como el castigo: que lo sepa el pueblo; que quede consignado. Ved si estais dispuestos á premiarle, como lo estoy yo á recibir el castigo; y no vaciléis en consignar lo que os ruego; si así no lo hacéis, yo no me consideraría obligado á pronunciar palabra, ni tendríais derecho para disponer de mi vida.

—Moro, exclamó el rey: ¿tan lejos está de tus oídos la real palabra?... Si has descubierto el arcano, para ti será la mano de mi hija; de otro modo... la muerte...

—¡Consiguiese!... ¡consiguiese!...

El secretario consignó en claros términos, en una hoja de un gran libro, la eficiencia del premio y del castigo.

Alibar quedó satisfecho, porque las firmas del rey, de la infanta, de los embajadores, de los grandes, de la corte, de los jueces, y la suya propia, habían dado valor á aquel documento; y se dispuso á hablar.

Todo el mundo quedó admirado al oír el peregrino relato que con entusiasmo juvenil hizo Alibar acerca de los sucesos de la noche anterior: aquellas inmensas regiones atravesadas en pocos instantes sobre un calzado que, por decirlo así, arrebataba el cuerpo sin esfuerzo; aquellas extraordinarias escenas que se habían sucedido, y en las cuales lo maravilloso se había asociado tanto con lo benéfico; y por último, la idea imponderable é ilimitada, de que la infanta constituyera en el mundo la personificación de la Caridad, hicieron un efecto en el auditorio imposible de describir.

—¡Qué envidias debían desarrollarse después de aquella solución!... ¡Qué ambiciones presentarse á disputar á Alibar el tesoro tan legítimamente conquistado!... ¡Y cuán prudente había sido este al hacer consignar el juicio ó el castigo de su aventura!...

Una voz hubo de cortar de repente aquella situación indefinible.

—Las pruebas!... las pruebas!... pronunció; y como si aquella palabra representase la palanca que iba á conmover y dar al traste con el edificio de verdad espuesto por el joven con un fuego y entusiasmo digno de su causa.

—Las pruebas!... las pruebas!... prorumpieron de todos los ámbitos del tribunal, y de los mas lejanos rincones de la plaza.

Era aquella tempestad un anatema; era la sentencia de muerte de Alibar; era la esperanza recobrada por el pueblo de gozar del espectáculo que parecia próximo á escapárselo de las manos.

Todos daban por difunto á Alibar; cuando este, haciendo señal con una serenidad cruel para la envidia, ó para los que no hubieran deseado, por capricho, una terminación tan feliz, dijo:

—Las pruebas... aquí están.

Y como una gota de aceite sobre las encrespadas olas del mar, aquellas pocas palabras tuvieron la virtud de aplacar el tumulto alzado por el populacho sobre su cabeza.

Para hubiera durado esta favorable predisposición de los ánimos, si Alibar, sacando de bajo sus pies un repleto zurrón, no hubiera arrojado sobre la mesa las pruebas mas inequívocas de lo que acababa de afirmar: las onzas de España, los duros mejicanos, los lises franceses, las piastras inglesas, como los florines austríacos ó los soberanos alemanes: los pañuelos de Nipis ó de Manila; los chufes de Cachemir, las telas de Holanda ó de Damasco; las perlas del Oriente, y el oro de Oñiz: breves muestras de cuánto mas singular encierran las cinco partes de este globo en que habitamos, y á que llamamos mundo, todo fué espuesto allí en monton ante los estupefactos ojos de los circunstantes, que miraban con creciente asombro á Alibar y á Orfelina, de cuya gloria se veían eclipsados.

El príncipe Raoul, que amaba vehementemente á la princesa, fué el único que trató de poner en duda la exactitud de las pruebas.

—Señores, dijo, todo esto ha podido tenerlo reunido este hombre, aun antes de haber llegado aquí: no le creamos... todo será falso!

El tumulto, pronto á tomar todos los caracteres que quisiese imprimir á los hechos el último que se produjese, comenzó á murmurar en sentido contrario á Alibar; pero Orfelina desviando del solio, y sacando su junco, hace de él un presente al joven.

Este comprende la voluntad de su señora, y ostendiendo el talisman hacia todos los ámbitos del espacio, verifica una invocación á que no tardaron en corresponder las gentes en ella producidas.

Todos los favorecidos por Orfelina se presentaron como por encanto en el tribunal á deponer de la exactitud de las pruebas; y las aclamaciones del concurso al ver aquella invasión milagrosa, ahogaron hasta la postrera esperanza que pudiera albergar á Raoul.

Lo mas admirable de todo fué la llegada en un soberbio meteorito, de la Paz y la Riqueza; en un traje pastoril, y seguidas del coro de pastores y niñas, las cuales, haciendo laudes y entonando cánticos de alegría, cercaron á la infanta y comenzaron á ataviarla para la ceremonia nupcial.

No hubo remedio: Alibar triunfó; Orfelina fué esposa del dichoso joven; y las régias fiestas que se sucedieron, compensaron sobradamente á los mal intencionados del afán de buscar un espectáculo sangriento, en donde solo debía haberlo de felicidad.

Aprended en Alibar la constancia: la virtud puede igualar con un príncipe al mas simple de los vasallos.

Aprended en Orfelina á practicar las buenas obras; pero á callarlas: los beneficios pierden cuando se hace de ellos alarde, cuando se les adopta como medio de mantener la vanidad.

Aprended en el desengaño de los pretendientes á Orfelina, á no partir de ligero y sin exámen en el juicio que debe formarse de los hechos humanos: las apariencias interpretadas á capricho acerca de Orfelina, hicieron á los príncipes faltar á su deber: por eso fueron castigados. Tal es tambien lo que sucedió al pueblo que esperó una ejemplaridad, donde encontró un triunfo solamente.

FIN.

LA FLOJ DE BESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

(Conclusion.)

Mas como siempre el vulgo prodigios inventó, que menosprecia el saber con necia presuncion, ningún hombre de juicio el cuento aquel creyó, teniéndolo por sueño de la imaginacion.

Aquella misma noche, por un fatal evento, halló Inés una carta que, receloso y cuerdo su padre, había guardado en una escarcela dentro: la carta era de Ulion, su contenido un hecho que fúo y amargura verter debiera inmensos; tal vez una mentira con visos verdaderos tal vez una apariencia creída sin recelo;

el implacable sino,
aborto del infierno,
de Inés la puso en manos
y dióle allí un veneno;
que á veces un escrito
es afilado acero,
y el que leyó la jóven
llevaba estos conceptos:

« Martín, amigo mio,
» mi pena es muy atroz:
» ayer tocaba al término
» ansiado por los dos
» de hallar á nuestro hijo
» (pues le amas como yo);
» supe por un criado,
» que el jóven amador,
» se hallaba en LA VICTORIA
» novicio en religion.
» Volé al convento, rápido
» pedi hablar al prior;
» mas era ya muy tarde;
» quiere probarnos Dios!
» Sin declarar mi anhelo
» dije mi pretension,
» y cruzando las manos
» con muestras de dolor,
» moviendo la cabeza
» el fraile, contestó:
» —Aquí estaba ese jóven
» modelo de fervor,
» de caridad cristiana,
» de santa abnegacion;
» mas hace quince días
» que vértigo feroz
» turbando su cabeza,
» á todos nos turbó:
» creimos para siempre
» perdida su razon;
» mas luego, recobrado,
» la dicha nos volvió.

» Esta mañana misma,
» al toque de oracion
» aparecer no vimos
» al jóven...

—Cómo?

—No.

» Tal vez otro arrebató
» de loca exaltacion
» durante nuestro sueño
» su mente trastornó;
» y huyendo de nosotros,
» salvando aquel balcon,
» del Darro en la corriente
» sin duda se arrojó.
» —Qué pruebas tenais de ello?
» le dije. —; Oh Dios de amor!
» Hemos visto en la orilla,
» su negro cinturón.

» Quedé petrificado
» con tal revelacion,
» y apenas tengo fuerzas
» de tal desgracia en pos,
» para escribirte, ay misero!
» mi pena y mi dolor,
» y decirte, que es tuyo
» tu amigo siempre. Adios!»

Ni el rayo que las nubes
con rígido estridor
abortan imponentes
en noche de turbion;

Ni de erizados mares
la poderosa voz,
cuando impelidos mugen
por férvido aquilon;

Ni de apacible tierra
el súbito temblor,
cuando en su seno brama
volcánica erupcion,

Causar jamás pudieron
tan íntimo pavor,
como el que á tal noticia
la pobre Inés sufrió.

Sintió dentro del pecho
aguda punzacion,
y con entrambas manos
su seno comprimió.

El dardo que, invisible,
la hiñera el corazon,
hasta su centro puro
terrible penetró.

Sin fuerza y sin alientos
cayó sobre un sillón,
de donde al lecho blande
su padre la llevó.

X.

EL SUICIDIO INVOLUNTARIO.

Es de agosto una tarde; el viento zumbas,
y allá en Ocaso la tormenta brama;
cubierto el sol de atrojecidas nubes
cúñe á la tierra vestidura pálida:

Brotan los montes calinosa niebla
que en vago torbellino lenta baja,
ó ya se esparce por el bosque umbrío,
al soplo raudo de violenta ráfaga:

Fugaz describe el imponente rayo
ángulos vivos sobre nube parda,
y el eco triste de remoto trueno
al pasar estremece las montañas:

Gimen los brazos de la añosa encina
del huracan furioso á la pujanza,
y á su presion el junco y caña flébil
besan la faz de movedizas aguas.

Oyense dentro del feudal castillo,
que al pié de Lanjarón la frente alza,
tristes sollozos que arrebató el viento
y por el hondo valle desparrama.

Tétricas tañen en la nueva iglesia
con clamores de muerte las campanas,
y el eco fiel repite su sonido,
que entre las peñas cóncavas resbalz.

En coro ronco, plañideras voces
al cielo elevan funeral plegaria,
salmos cantando sobre el cuerpo frío
de la virgen que al cielo dió su alma:

De la hermosura que aumentó algun día
del fértil valle de Lecrin la gala;
de la cándida flor que irguió su tallo,
y el ábrego tenaz dejó agostada;

De Inés, en fin, que bajo el peso enorme
de un amor engendrado en la desgracia,
vió quebrantarse su existencia débil,
al ver morir la flor de su esperanza:

De Inés á quien la fiebre asoladora
que su amoroso pecho alimentara,
mató, cual sierpe que ponzoña infiltra,
dentro del seno que caíor la daba.

Ya el sol oculto tras lejanos montes
de incierta luz el horizonte baña,
y luz rojiza de mortuorias teas
con la luz del crepúsculo batalla.

Allá en la cumbre de la oscura roca
se ve asomar, de nieblas circundada
cual genio adusto del dolor amargo,
lúgubre forma de existencia humana.

Cubre sus miembros, por el hambre soeos,
túnica estrecha, cual su frente blanca,

y al estender sus demacrados brazos rompe las nieblas que la luz le apagan.

De allí sus ojos contellantes miran,
y su oído atento sin cesar abarca
el rayo activo que las nubes hiende,
nubes de cedro con doradas franjas;

El ronco son del imponente trueno,
tristes clamores de fatal campana,
rojiza luz de mortuorias teas,
cóncavo hueco de una tumba helada,

Místicos cantos que hasta el cielo suben,
vientos tenaces que en las rocas braman,
un pueblo junto que á la muerte insulta,
mudo castillo que callando habla!

Mira de allí la comitiva lúmbre
que lenta al templo del olvido marcha,
y en hombros mira de enlutados pajes
los restos tristes de su triste amada.

Porque es Ricardo quien contempla mudo
la cruel escena que á sus ojos pasa;
Ricardo mismo que en febril instante
dejó la paz de religiosa calma,

Y allí, al abrigo de caverna oscura,
días de luto y de dolor pasaba,
orando á Dios mientras el sol lucía,
mirando el valle al espirar sus llamas.

Porque de allí, de la ríscosa enmbre
voliar sentía imperceptible, vaga,
la esencia pura de las tiernas flores
que el dulce aliento de su Inés locará;

Porque había el aromoso ambiente
que el sol de sus amores aspiraba,
y era un consuelo á su angustiado espíritu
mirar la cuna de su amor cercana.

Aquella tarde, como siempre, vino
allí, del cielo á contemplar la saña,
y vió estinguida por celeste mano
la hermosa lúmbre que ilustró su alma.

En tanto el viento atronador rugía,
la luz del rayo lívida brillaba,
y el ronco son del imponente trueno
abogaba el eco de fatal campana.

Sinistras voces, y gemidos, y ayes
en torbellino lúgubre rodaban,
y aquel conjunto pareció á Ricardo
despedazar sus miserables entrañas:

Funesta niebla cobijó sus ojos,
móvil la tierra se escapó á sus plantas,
faltóle aliento, y al profundo abismo
bajó, cual roca que su peso arrastra.

.....

Hállose al otro día entre las peñas
de la ríscosa, enmarañada falda,
el mutilado tronco de un cadáver,
resos que á conocer nadie alcanzaba:

Buscando indicios que su nombre dieran,
en su pecho se halló de oro una caja,
y dentro de ella un amarillo lazo
y una flor de reseda marchitada.

EPILOGO.

Este el término fué de los amores
que á Ricardo y á Inés atormentaron,
y estos los hechos que después alzaron
entre el vulgo tan lúgubres rumores.

Falta decir que se negó una tumba
el pobre jóven que atoró á su vida,
pues fué al morir tenido por suicida,
y el criminal es justo que sucumba.

Años después, la asoladora guerra
tendió sus crines de sangrienta llama,
y dando al mundo de su nombre fama,
con sangre y fuego le grabó en la tierra.

Á impulso fuerte del incendio rojo
se hundió el castillo delicioso un día,
quedando solo, como fiel vigia,
de su pompa feudal triste despojo.

Ya nadie la desgracia recordaba
del buen Ricardo, ni su muerte fiera,
cuando paz bonancible y placentera
al pueblo devolvió dicha que ansiaba.

Mas al brillar un día en el oriente
del claro sol la luz radiante y pura,
se vió una cruz sobre la inmensa altura,
de leal recuerdo, signo permanente.

Todos la vieron colocada allí,
nadie la mano que la puso vió;
su aparición milagro se creyó,
mas yo obra de un amigo la creí.

Si algun anciano conservó memoria
de aquel fantasma que asomó en la cumbre,
legó á la venidera muchedumbre
una ficticia y peregrina historia;

Y esta es la causa porque algunos vieron
bajar al torreón, en noche oscura,
de un fraile sin cabeza la figura,
que tal vez entre sueños concibieron;

Y por lo que al clamor de la campana
se oyó en el eco, que en las rocas zumba,
una voz contestar allá lejána
pidiendo entre gemidos una tumba.

Febrero de 1846.

FRANCISCO J. ORELLANA.
FIN.



TEMPLO DE AUGUSTO Y DE LIVIA.

En Viena, departamento de Isere, en Francia, se encuentra un templo antiguo, que debió haberse consagrado á gloria del emperador Augusto. Está sostenido por columnas acanaladas de 8 metros 12 centímetros de alto, incluidos los chapiteles y las bases, y estaba abierto por todos lados, dejando así lucir la esbeltez de las columnas. La longitud de este monumento era de 60 pies y su anchura de 40.

Transformado en templo en 1089, fueron tapiados los intercolumnios, y se rompieron las acanaladuras para llenar los huecos.

Algun tiempo después quisieron restaurar la inscripción que había en el frontis, y después de haber examinado con extraordinaria prolijidad y trabajo los agujeros donde habían estado las letras, se creyó que podía fijarse de este modo:

Con. Sen. Dias. Augusto. Optimo. Máximo. el Divul Augustal.
En la actualidad se halla convertido en museo de antigüedades.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 39.

¿Ves esa repugnante criatura,
chato, calvo, sin dientes, estevado,
viejo, haraposo, tuerto y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.
adrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.